

IDEARIUM

H
9-54



C. 55-41 (11)

NOËL

1900 901

GRANADA
LIT. DE PAULINO VENTURA TRAVESET
ANTER VDA. E HIJOS DE F. Y. BARATEL
MÉSONES. 52

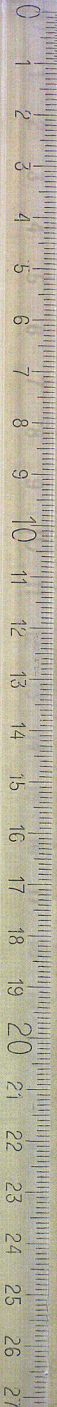
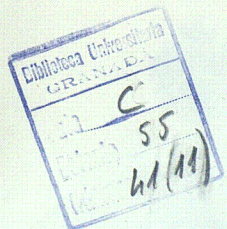
11

INDICE

IDEARIUM NOËL

ALMANAQUE PARA 1901

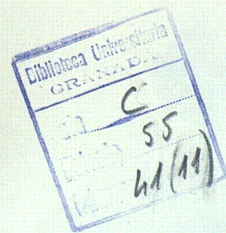
Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Francisco L. Hidalgo Rodriguez



IDEARIUM NOËL

ALMANAQUE PARA 1901

Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez



IDEARIUM NOËL

ALMANAQUE PARA 1901

TEXTO

ALARCÓN, PEDRO A.—ALONSO TERRÓN, A.
CUENCA, C. JOSÉ DE.—DURBÁN OROZCO, J.—HIDALGO, FRANCISCO L.
GAGO PALOMO, R.—GÓMEZ MORENO, MANUEL.
GUTIÉRREZ, MIGUEL.—LEDESMA, ANTONIO.—LÓPEZ, NICOLÁS
MARÍA.—SÁNCHEZ GERONA, J.

ILUSTRACIONES

ALMODÓVAR, JOSÉ R.—FORTUNY.—LATORRE, RAFAEL.
MARÍN, ISIDORO.—MUÑOZ VEGA, ENRIQUE.—SÁNCHEZ GERONA,
JOSÉ.—VILLALOBOS, M.

FOTOGRAFADOS

Casa Paulino Ventura Traveset



GRANADA

Tip. Lit. Paulino Ventura Traveset
antes Vda. é H. de P. V. Sabatel
Mesones, núm. 52

1900

DICIEMBRE

31 DÍAS

Mes.	Sema.	
1	Dm.	<i>I de Adviento.</i> Sta. Natalia.
2	Lun.	Sta. Bibiana y s. Pedro.
3	Mar.	S. Francisco Javier cf.
4	Miér.	Sta. Bárbara vg. y mr. Patr
5	Juev.	S. Sabas abad y cf.
6	Vier.	S. Nicolás de Bari arz. de
7	Sáb.	S. Ambrosio ob. y dr.
8	Dm.	<i>II de Adviento.</i> La Purísim
9	Lun.	Sta. Leocadia vg. y mr
10	Mar.	Ntra. Sra. de Loreto, sta.
		y Melchised.
11	Miér.	S. Dámaso papa y cf.
12	Juev.	La Aparición de Ntra. Sra
13	Vier.	Sta. Lucía vg. y mr.
14	Sáb.	S. Nicasio ob. y mr
15	Dm.	<i>III de Adviento.</i> san
16	Lun.	S. Valentín y s. Valeriano
17	Mar.	S. Lázaro ob. y s. Franco de
18	Miér.	La Expectación de Ntra. Sra
19	Juev.	S. Nemesio mr.
20	Vier.	Sto. Domingo de Silos ab.
21	Sáb.	Sto. Tomás apóstol.
22	Dm.	<i>IV de Adviento.</i>
23	Lun.	Sta. Victoria vg. y mr.
24	Mar.	S. Gregorio pp y Sta. Anastasia
25	Miér.	La Natividad de Ntro. Sr. Jesucrist
26	Juev.	S. Esteban protomártir.
27	Vier.	S. Juan apóstol y ev.
28	Sáb.	Los santos. Inocentes mrs.
29	Dm.	Sto. Tomás de Cantuariense.
30	Lun.	La Traslación de Santiago ap. y s. Sabino.
31	Mar.	S. Silvestre papa y cf.



ENERO

31 DÍAS

Mes.	Sema.	
1	Mar.	La Circunclación del Señor.
2	Miér.	S. Isidoro ob. y mr.
3	Juev.	S. Antero p. y mr.
4	Vier.	S. Aquilino y cps mrs.
5	Sáb.	S. Telesforo p. y mr y sta. Blanca. vg.
6	Dm.	La Adoración de los Reyes.
7	Lun.	S. Julián.
8	Mar.	S. Luciano y cps. mrs.
9	Miér.	S. Julián mr. y sta. Basilia.
10	Juev.	S. Nicanor y s. Gonzalo de Amarante.
11	Vier.	S. Higinio p. y mr.
12	Sáb.	S. Benito ab. y cfr.
13	Dm.	S. Gumerisindo mr.
14	Lun.	S. Hilario obispo.
15	Mar.	S. Pablo ermitaño y s. Máuro.
16	Miér.	S. Marcelo y S. Fulgencio.
17	Juev.	S. Antonio abad y confesor.
18	Vier.	La Cátedra de S. Pedro en Roma y sta. Prisca.
19	Sáb.	S. Canuto Rey y s. Mario.
20	Dm.	<i>El Dulce Nombre de Jesús,</i> y s. Fabián y s. Sebastián mrs.
21	Lun.	Sta. Inés vg. y s. Fructuoso.
22	Mar.	S. Vicente diácono y s. Anastasio mrs.
23	Miér.	S. Hildefonso y S. Raimundo.
24	Juev.	Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo.
25	Vier.	La Conversión de s. Pablo ap.
26	Sáb.	S. Policarpo ob. y mr. y sta. Paula viuda.
27	Dm.	S. Juan Crisóstomo ob.
28	Lun.	S. Julián ob. de Cuenca s. Valero y la Aparición de sta Inés vg. y mr.
29	Mar.	S. Francisco de Sales
30	Miér.	Sta. Martina vg. y mr.
31	Juev.	S. Pedro Nolasco fdr.

FEBRERO

28 DÍAS

Mes.	Sema.	
1	Vier.	S. Ocellto patrón de Granada y de su Arzobispado y s. Ignacio.
2	Sáb.	La Purificación de Nuestra Señora.
3	Dm.	<i>Septuagésima.</i> —Stos. Setentrío, Patricio, Blas y el Bto. Nicolás de Longobardo.
4	Lun.	S. Andrés Corsino y s. José de Leonisa.
5	Mar.	Sta. Agueda y los santos. Mártires del Japon.
6	Miér.	Sta. Dorotea vg. y mr.
7	Juev.	S. Romualdo y s. Ricardo.
8	Vier.	S. Juan de Mata fdr.
9	Sáb.	Sta. Apolonia vg. y mr.
10	Dm.	<i>Sexagésima.</i> —Sta. Escolástica vg. y s. Guillermo.
11	Lun.	S. Saturnino y cps. mrs.
12	Mar.	Sta. Olalla y la Traslación de S. Eugenio.
13	Miér.	S. Benigno y sta. Catalina.
14	Juev.	S. Valentín mr. y el bto. Juan Bautista de la Concepción fdr.
15	Vier.	S. Faustino y s. Jovita mrs.
16	Sáb.	S. Julián y 5000 cps. mrs
17	Dm.	<i>Quincuagésima.</i> —S. Julián de Capadocia.
18	Lun.	S. Eladio arz. y s. Simeón ob.
19	Mar.	S. Gavino, s. Alvaro y s. Conrado.
20	Miér.	Conita.—S. León ob. y cfr.
21	Juev.	S. Félix ob. y cfr.
22	Vier.	La Cátedra de San Pedro en Antioquia y san Pascasio.
23	Sáb.	Sta. Marta mr. y sta. Margarita de Cortona.
24	Dm.	<i>I de Cuarema.</i> —S. Matías ap. y s. Modesto ob.
25	Lun.	S. Cesáreo cfr.
26	Mar.	S. Alejandro ob.
27	Miér.	S. Baldomero cfr.
28	Juev.	S. Román ab. y fdr. y s. Macario y cps. mrs.

Invierno

DICIEMBRE

Cuando llega Diciembre, me parece,
él solo, el año entero que se va;
que en sus noches larguísimas está
el índice del año que feneció.

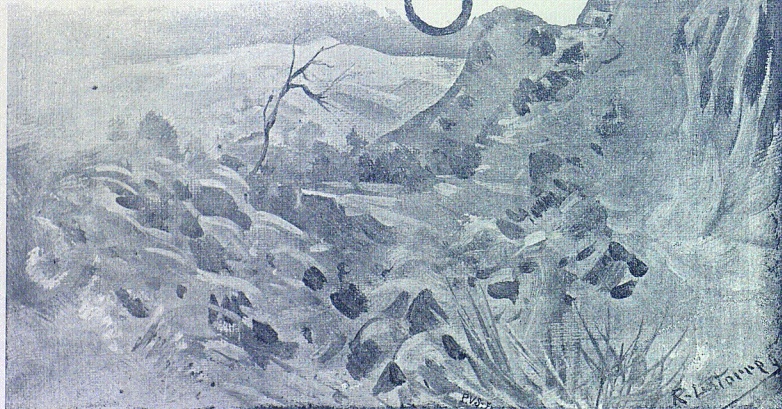
Su imagen me figuro ver flotando
sobre la cumbre de la sierra helada,
entre gasas de niebla plateada
que su línea severa van borrando.

Del calendario que termina en breve
da sus últimas hojas á la Tierra,
que bajan resbalando por la sierra
revueltas con los copos de la nieve.

La nieve en nuestra frente va cayendo,
mas, siendo joven, la cabeza, arde
y á su calor se funde. Ya, más tarde,
que se van los inviernos repitiendo,
el ardor se amortigua; se la siente
sobre nosotros detenerse un día,
en las venas la sangre queda fría
y la nieve corona nuestra frente.

Los días de papel del calendario
parécenos de plomo; no nos bastan
las fuerzas á llevarlos, nos aplastan,
y acaban por servirnos de sudario.

J. SÁNCHEZ GERONA



INVIERNO



De la feliz y alegre Primavera
En las serenas noches perfumadas,
Abre el amor sus alas de colores
Al fibio rayo de la luna blanca.
Los rumores que surgen de las selvas,
Parecen besos que en la sombra estallan:
Quizá ninfas y genios beben juntos
Del placer en la copa cincelada.
En los patios ornados de jazmines,
Al lánguido sonar de la guitarra,
Kndechas amorosas
Cruzan los aires cual sacia rauda.
Y en las clásicas rejas
Rebosantes de nardos y de dalias,
Intonan los amantes
Las eternas canciones de las almas.

¡Oh gentil Primavera!
¡Oh caprichosa maga
Que derramas en cielos y en alcornoques
Las tintas mil de tu paleta mágica!
Tu llegada ha de ser triste recuerdo
Cuando la frente cúbese de canas
Y ante los ojos pasen como sombras
Del venturoso ayer las muertas ansias.
Mas cuan risueña si en la mente agitanse
Las bellas ilusiones sonrosadas,
Y el joven corazón palpita y vive
Para el amor, el arte y la esperanza.

FRANCISCO LUIS HIDALGO

Á X.

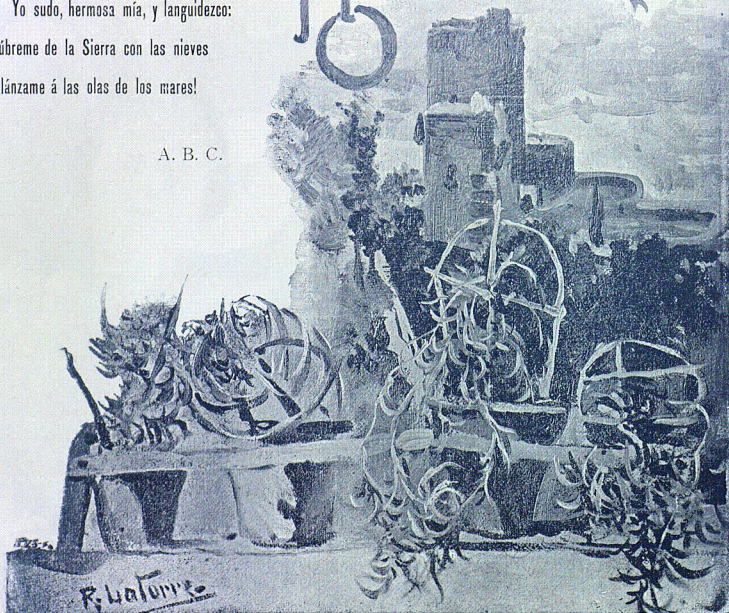
¿Ves? En trono de luz reina el Estío;
y con ardiente claridad se inflama
del cedro altivo hasta la humilde grama;
se abraza el bosque, se ilumina el río.

El viento sopla cálido y sin brío;
callado yace el pájaro en la rama;
y lánguido el Amor busca y reclama
un lecho umbroso, solitario, frío.

Tus ardientes suspiros no merezco,
ni si á tocar la cítara te atreves
oiré bien tus endechas y cantares.

Yo sudo, hermosa mía, y languidezco:
¡cúbreme de la Sierra con las nieves
ó lánzame á las olas de los mares!

A. B. C.



ESTÍO
LATORRE



OTOÑO

Solo estoy... solo estoy... ¡abandonado
en un bosque sin fin! ¡Ni amor, primero
alejándose va por el sendero
que las hojas de Otoño han alfombrado.

¡Nieva... nieve... ¡Ya tanto se ha alejado
que inútilmente distinguirlo quiero;
la rígida silueta del viajero
entre la negra bruma se ha borrado.

Aun, á veces, parado en el camino
donde perdí su grata compañía,
sueño con el errante peregrino...

¡Y del sueño en la obscura remembranza,
parece que le veo todavía
perdersse en la brumosa lontananza...!

José DURBÁN OROZCO



Otoño

SEPTIEMBRE

Mes.	Sema.	DÍAS	Mes.	Sema.	DÍAS	Mes.	Sema.	DÍAS
1	Dm.	N. S. de los Favores.	11	Miér.	S. Proto y s. Jacinto.	21	Sáb.	S. Mateo.
2	Lun.	S. Antón m.	12	Juev.	S. Leocicio mr.	22	Dm.	Los Dolores Gloriosos
3	Mer.	S. Sandalio mr.	13	Vier.	S. Felipe y cps mrs	23	Lun.	S. Lino p. y mr.
4	Miér.	Sta. Cándida vg.	14	Sáb.	La Exaltación Cruz.	24	Mar.	N. S. de las Mercedes
5	Juev.	S. Lorenzo Justiniano	15	Dm.	El D. N. de María.	25	Miér.	S. Lope ob. y cf.
6	Vier.	S. Eugenio, cps. mrs.	16	Lun.	S. Rogelio mr.	26	Juev.	S. Cipriano mr.
7	Sáb.	Sta. Regina.	17	Mar.	S. Pedro Arbúes mr.	27	Vier.	S. Cosme.
8	Dm.	La Natividad de N. S.	18	Mier.	S. To. Tom's	28	Sáb.	S. Wenceslao.
9	Lun.	Sta. M. de la Cabeza.	19	Juev.	S. Genaro, cps mrs.	29	Dm.	S. Miguel Arcángel.
10	Mar.	S. Nicolás Tolentino.	20	Vier.	S. Eustaquio.	30	Lun.	S. Jerónimo



OCTUBRE

Mes.	Sema.	DÍAS	Mes.	Sema.	DÍAS
1	Mar.	El A. Custodio.	16	Miér.	S. Galo abad.
2	Miér.	S. Angeles.	17	Juev.	Sta. Eduvigis.
3	Juev.	S. Cándido.	18	Vier.	S. Lucas.
4	Vier.	S. Francisco.	19	Sáb.	S. Pedro Alcán.
5	Sáb.	S. Froilán.	20	Dm.	S. Juan Cancio.
6	Dm.	N. S. Rosario.	21	Lun.	S. Hilarión
7	Lun.	S. Marcos.	22	Mar.	Sta. M. Salomé
8	Mar.	Sta. Brigida.	23	Miér.	S. Pedro Pascl.
9	Miér.	S. Dionisio.	24	Juev.	S. Rafael.
10	Juev.	S. Francisco	25	Vier.	S. Frutos.
11	Vier.	S. Fermín.	26	Sáb.	S. Evaristo.
12	Sáb.	N. S. del Pilar.	27	Dm.	S. Vicente.
13	Dm.	S. Eduardo rey	28	Lun.	S. Simón.
14	Lun.	S. Calixto.	29	Mar.	S. Narciso ob.
15	Mar.	Sta. Teresa.	30	Miér.	S. Claudio.
			31	Juev.	S. Quintín.

NOVIEMBRE

Mes.	Sema.	DÍAS	Mes.	Sema.	DÍAS
1	Vier.	Fiesta de Santos	16	Sáb.	S. Rufino.
2	Sáb.	C. de Difuntos.	17	Dm.	S. Ascelo.
3	Dm.	S. Valentín.	18	Lun.	S. Máximo ob.
4	Lun.	S. Carlos.	19	Mar.	Sta. Isabel reina
5	Mar.	S. Zacarias.	20	Miér.	S. Félix.
6	Miér.	S. Severo ob.	21	Juev.	La P. de N. S.
7	Juev.	S. Antonio mr.	22	Vier.	Sta. Cecilia.
8	Vier.	S. Severiano.	23	Sáb.	S. Clemente.
9	Sáb.	S. Teodoro mr.	24	Dm.	S. Juan.
10	Dm.	El P. de N. S.	25	Lun.	Sta. Catalina.
11	Lun.	S. Martín ob.	26	Mar.	Los D. de N. S.
12	Mar.	S. Martín p.	27	Miér.	S. Facundo
13	Miér.	S. Eugenio III.	28	Juev.	S. Gregorio III.
14	Juev.	S. Lorenzo ob.	29	Vier.	S. Saturnino.
15	Vier.	S. Eugenio I.	30	Sáb.	S. Andrés.

LA NOCHE-BUENA DEL POETA



«En un rincón hermoso
De Andalucía
Hay un valle risueño....
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
Tengo amigos, amores,
Hermanos, padres».
(De *El Látiço*.)

I

HACE muchos años (como que yo tenía siete!) que, al obscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marías al toque de Oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas: ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores.—Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á aquellos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya *las Ánimas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres, luego nosotros, y entre nosotros los criados....

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta á la lumbre. Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba, que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos que caen al Oriente del *Milbaem*?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

«Esta noche es Noche>-buena
Y mañana Navidad,
Saca la bota, María,
Que me voy á emborrachar».

Y todo era bullicio, todo contento. Los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindas, circulaban de mano en mano.... Y se hablaba de ir á la *Misa del Gallo* á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos puesto los muchachos en la torre....

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

«La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más».

Á pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un raptó de intuición impropia de mi edad; fué milagroso presentimiento; fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración.... Ello es que vi con una lucidez maravillosa el fatal destino de las tres generaciones allí juntas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!....

«La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va....»

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra....

«¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!»

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les saltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Noche-buena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años.... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Noches-buenas* más, que vendrían periódicamente; robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes,—mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitude con que mis nietos vivirían de mi sangre, reírían y gozarían, cuando los gusanos profanarían en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos....

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar....

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corríeron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una escena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Debí, al cabo, de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la Misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

III

¿Dónde está mi niñez?

¡Páreceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio, mis hermanos se casan y tienen hijos.

El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Noches-buenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el Océano de mi vida, como islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de angustia que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya.... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de *usted*!!!

¡Oh!: cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío por fuera, y hasta lanzo una carejada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destalla en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía....

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

IV

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

«Esta noche es Noche-buena,
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto,
Y á las doce ha de parir».

¿Dónde pasará la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y si no, veamos.

Estamos á 24 de Diciembre de 1855,—en Madrid.

Conocemos por su nombre á los mozos de los *cañés*.

Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos,—semidioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan las manos entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce.—Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastré que nos soporta....

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que, á la caída de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que

os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y llorais de ambición, y pensais en suicidaros....: vosotros.... ¡reventad de envidia, como yo revío de placer!

V

Han pasado dos horas.
Son las nueve de la noche.
Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

— «La noche es de vino!» — exclamaban hace poco rato.

Yo no he querido ser de la partida. — Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar rojo de la juventud.

— «La noche es de lágrimas» — les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. — ¡Los madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer. — ¡porque ya no cenamos!... — Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Noche-buena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma.... ¡La Religión que me enseñaron cuando niño!

VI

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria y del crimen....

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pastiega deshonorada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.

El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.

El hombre inútil por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quien los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismo, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran....

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio....

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa....

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

VII

La *Casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *Casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *Casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra....

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos....

En Madrid, se muda de casa todos los meses, ó á más tardar todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa: envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida; conserva nuestras huellas....

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bisiestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio: el verboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores....

Aquí, habitamos medio piso, forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias en una misma calle....

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos.... y, en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de África, á criar una nueva prole....

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno,—en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia?—¿Y ese hogar?... decidme.... ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol ó hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al por menor, y hasta se alquila en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileño! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

VIII

He pasado por una calle, y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

«La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.»

—He ahí (me he dicho) una casa, un hogar, una alegría, una sopa de almendra y un besugo, que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado mantón, y otro más grande, cogido de la mano.—¡Ambos lloraban, y la madre también!

IX

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento!

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid: lucha en que sacrifica á una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gaceteros, á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *suellos*, á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurrir hoy *artículos de fondo* para rehabilitar un *partido* y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

«Hallo tantas espinas
En mi jornada,
Que el corazón me duele,
Me duele el alma!...»

¡He aquí mi *Noche-buena* del presente, mi *Noche buena* de hoy!

Luego he tomado otra vez la vista á las *Noches-buenas* de mi pasado, y, atravesando la

distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; á mi madre, estremeándose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; á unos diciendo: «¡Tal año estaba aquí!»; á otros: «¿Dónde estará ahora?...»

¡Ay! ¡no puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Sí; yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo.... Pero ¡ay otra vez, y ay cien mil veces! yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: «¡Tú serás!»
¡Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna!

¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

«Y nosotros nos iremos,
Y no volveremos más».

¡Ay!: yo no quiero irme: yo quiero volver: inmolo demasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte.... ¿No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

«La Noche-buena se viene....»

¡Ay! ¡sí! ¡Vendrán otras *Noches-buenas!*—me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Noches-buenas* de mi porvenir.

Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!....

Entonces he llorado....

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido....

La tumba estaba ya muy próxima.... Mis cabellos blanqueaban....

Pero, ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia....

La futura compañera que Dios me tenga destinada, esa desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento....

¡No: no la veía!.... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo....

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

«La Noche-buena se va....»

Y me quedé dormido...., quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Noche-buena*.

Era el primer día de Pascua.

Madrid-1855.

PEDRO A. ALARCÓN

LAS VACACIONES DE NAVIDAD

EPÍSTOLA DE UN ESTUDIANTE

Ya siento resonar, primo querido,
de unos pasos el ruido;
los pasos siento de las leves horas,
que traen de Navidad las vacaciones,
con pavos y turrones,
y veladas de amor encantadoras.
Comienza de las Pascuas el preludio:
no por odio al estudio
el trabajo y el libro se desecha.
El tiempo es santo y ritual el ocio,
porque su gran negocio
hizo la humanidad en esta fecha.
Así el feliz retorno conmemora
de la solemne hora
en que á la tierra descendió el Mesías,
al humano linaje redimiendo,
y en la noche encendiendo
el sol radiante de mejores días.
Muere el año y en sombras se deshace
cuando Dios mismo nace
en un portal de tosco desaliño.
«¡Paz en la tierra! ¡Gloria en las alturas!»
oyeron las criaturas
cantar sobre la cuna de Dios Niño!
De paz y caridad es ese canto,
que ya en el templo santo,
ya en el bendito hogar suena y resuena,
cuando en rica ciudad y pobre villa
esplendorosa brilla
con reflejos de amor la Noche Buena.
La familia en alegre muchedumbre,
muy cerca de la lumbre,
se congregó con amoroso anhelo;
y la mesa poblada de manjares,
venciendo sus pesares,
preside la figura del abuelo.
Todo es gusto, contento y abundancia.
Ostentan su fragancia
añejos vinos y sabrosas peras;
y hasta el potaje humilde y la merluza
el apetito aguza,
más que jamones, pollos y terneras.
Con apetito igual á su alborozo,
sabe el viejo y el mozo
meter viandas entre espalda y pecho;
brindando porque en años sucesivos
circunden todos vivos
la misma mesa bajo el mismo techo.
Canta un muchacho de canoro pico,

en vez de un villancico,
una canción de la última zarzuela;
y un tierno infante con pueril empeño
luchando con el sueño
como los grandes quiere estar en vela.
Exige otra canción una primita
del cantor, señorita
de quince mayos y graciosa cara,
y corazón tan tierno que al reclamo
de un dulce «yo te amo»
quizá á la reja sin temor bajara.
El abuelo jugando se embelesa
con sus nietos, los besa,
y les cuenta leyendas encantadas
de príncipes, de brujas y de magos,
maravillosos lagos,
castillos de oro y nubes irisadas.
Les dice que tres reyes del Oriente
van misteriosamente
repartiendo magníficos regalos,
—de la infantil edad gloria y delicia,—
que obtendrán en justicia
los niños buenos, y no los malos.
Al son de las zambombas y panderos,
que artistas callejeros
tocan con entusiasmo furibundo,
ladran los perros nada filarmónicos,
y quedan luego afónicos
los Gayarres del coro vagabundo.
La gente por el pueblo calleja,
esperando que sea
hora de oír la Misa que se llama
del Gallo, acaso porque el gallo avisa
que es aquella la Misa
que la sublime redención proclama.
¡Y qué Misa más bella y jubilosa!
¿Qué boquitas de rosa
entonan villancicos infantiles!
Y suenan de la bóveda en los huecos
con prolongados ecos
rústicos instrumentos pastoriles!....
¿Y quién dirá las fiestas y alegrías
de los pascuales días?
¿Quién no come, después de los potajes,
turrones de Alicante y de Jijona?
¿Qué regular persona
no saca á relucir sus nuevos trajes?

Mas ¡ay de mí! que corre velozmente
la pluma tras la mente
recorriendo y pintando lo futuro;
y tengo, cuando escribo, en mi presencia
la enorme corpulencia
de mi patrona... que reclama un duro.
¡Un duro de café! Pago aquel yerro;
y las maletas cierro;
y sin decir ¡adiós! corro y me embarco
en un coche de punto, que es un punto,
y tempestad barrunto
viendo sólo á mis pies inmenso charco.
En mi bolsa el metálico no abunda,
y un coche de segunda
es digna instalación de un estudiante;
y hasta en mísero coche de tercera,
si necesario fuera,
iría yo tan ancho y tan campante.
Ya en la estación me veo entre maletas,
diciendo cuchufletas
á unas viajeras lindas y bizarras;
y buscando en un coche buen asiento,
los bultos miro y cuento
tres zambombas, un cuerno y dos guitarras.
Huyendo presuroso de la orquesta
que allí se manifiesta,
voy á entrar do se encuentra una matrona
muy gorda y con patillas y bigote,
armada de un pipote
que huele á anís del mono ó de la mona.
Estaba yo dudando si quedarme
á su lado ó marcharme,
cuando entran en el coche unos flamencos,
que hacen de interjecciones gran consumo,
lanzan un *chorro é jumo*,
y discuten de toros y de pencos.
Abandono la grata compañía
de la flamenquería,
y buscando mejor departamento,
tengo al fin que sentarme junto á un cura,
que á ceder se apresura
de manera cortés su propio asiento.
Lo tomo, porque el tren se pone en marcha
sobre la dura escarcha
que el suelo cubre de la férrea vía,
y la hermosa ciudad queda muy lejos,
á los tenues reflejos
de un alba triste, nebulosa y fría.
Callar y contemplar es dulce y grato.
Yo no crucé en un rato
ni una sola palabra con el cura;
rezaba el buen señor con voz muy queda,
y silenciosa y leda
voló mi fantasía por la altura...
Por la altura del cielo luminoso,
que al fin claro y hermoso

refulge con el sol de Andalucía,
las nieblas matutinas ya deshechas,
y en sus ardientes flechas
vertiendo Febo gloria y alegría.
La fantasía, audaz locomotora,
vuela y vuela en buen hora
hacia el pueblo natal, sin ver el río
que pingües zonas en su curso riega,
ni la fecunda vega,
ni el monte cano ni el pinar sombrío.
Pasan con lentitud las estaciones,
que para corazones
impacientes lo rápido es muy lento;
y pasan del telégrafo los hilos
ligeros, intranquilos,
mas nunca como va mi pensamiento.
¡Qué placer! Al fin llego á la postrera
estación: mi carrera
no ha terminado aún: nuevo camino
tengo que recorrer. Acaba el día,
y con nueva energía
monto un noble corcel: es un pollino!..
Un burro, que conoce los secretos
de trochas, vericuetos,
atajos, barranqueras y torrentes;
y se para en la venta y el ventorro,
aunque prefiere un chorro
de agua fresca á los buenos aguardientes.
Saludo con amor la mansa bestia,
que sin grave molestia
por amigos senderos me conduce;
y voy hallando en árboles y peñas
mil familiares señas,
cuando el lucero vespertino luce.
Pasa una carga de apios y lechugas;
montadas en jamugas
pasan después dos graves aldeanas;
jinete en mal rocín un señorito;
y andando, un pobrecito
de flacas piernas y de luengas canas.
¡Ah! Detrás de aquel cerro, que azulera,
debe haber una aldea...
sí; que ya asoma con gentil alarde
la torre del esbelto campanario:
ya se ve el santuario,
y la oración escucho de la tarde.
¡Salud, padres, hermanos, camaradas!
Entre preces sagradas,
se abre mi hogar y el júbilo me anega.
Corro á buscar la dicha y el descanso.
Hasta el pollino manso
«¡felices Pascuas!» dice y trota y llega...!

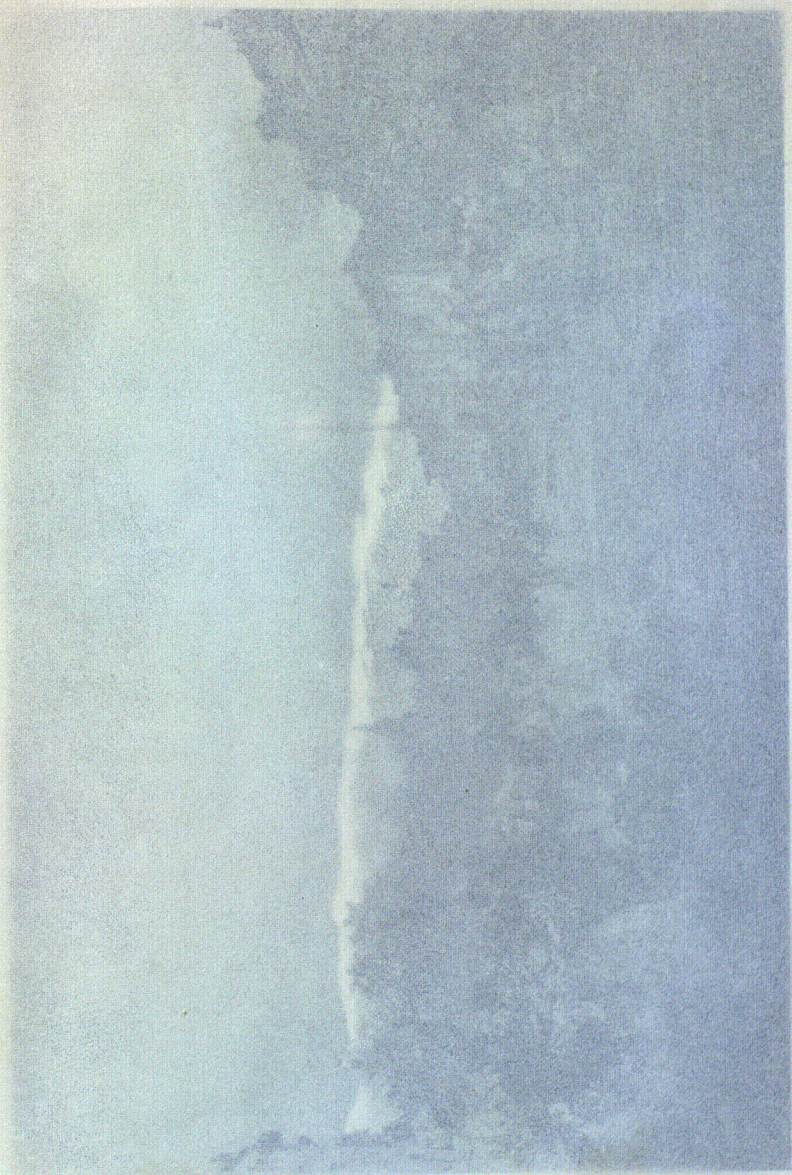
Por la copia,

M. GUTIÉRREZ





Apunte original de Fortuny



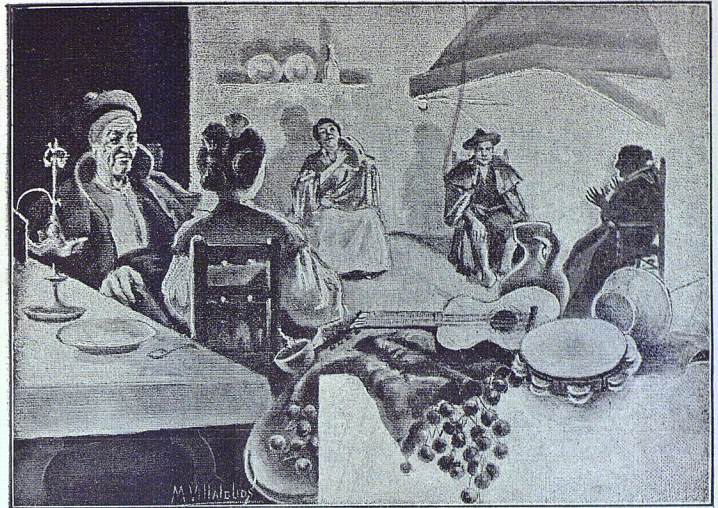
La Paqueta Real en Noche Buena, dibujo de Luisiero Martín



Agente original de Forsney



La Puerta Real en Noche Buena, dibujo de Isidoro Marín



LA NOCHE BUENA EN ALMERÍA

No nieva, ni sopla el cierzo de las novelas por entregas, ni se ven encapotadas sombras por las encrucijadas. Nuestra Noche Buena es primaveral, templada, suave como nuestro invierno; con muchas espléndidas estrellas en el cielo, no pocas caras bonitas por las calles, alegres cenas en los albergues, y bullicioso gentío en los templos, oyendo la Misa del Gallo, al son irreverente de las panderetas.

Es noche de alegría, pero no de bacanal; de libaciones, pero no de embriagueces; de jolgorio entre la gente del bronce, pero no de crímenes. Tal es nuestro pueblo, que, aunque estén llenas las tabernas, la prevención está vacía. Bajo este aspecto, nuestra Noche Buena no lo es sólo de nombre, como en otras partes.

Tampoco gastamos lujosos árboles de Navidad, envidia de los niños pobres y regocijo de los afortunados. El barro nivelador pone al alcance de todos, figurillas de pastores y ovejas, y grutas con el Niño Jesús, la Virgen, San José, la coceadora mula, y la vaca bendecida, calentando con su aliento el pesebre del recién nacido.

Al nacimiento, modelado en arcilla, pintarrajeado de vivos colores, con sus Reyes de Oriente y su estrella de talco, acompaña en todos los hogares la pastoril zambomba; y así la alfarería ha implantado entre nosotros más igualdades democráticas, que todos los programas republicanos y que todas las predicaciones políticas.

Claro que esta Noche Buena no es tan buena para todos... No puede compararse, por ejemplo, con la del burgués, que banquetea en su elegante casa, la del minero que baja de dar varada en la sierra, envuelto en su manta, solitario... para tomar una copa en la cantina. Pero no hay duda de que para cada uno es la noche mejor, la que deja recuerdos agradables, la señalada con piedra blanca en los fastos de las familias.

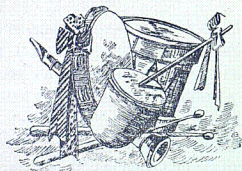
La familia almeriense es, en su constitución, casi romana. El fuego del hogar no se extingue, como si simbolizase el culto de los *lares*; el marido ostenta un poder omnímodo, sin que el moderno feminismo haya mermado su autoridad; los hijos, aun casados, siguen unidos, por la religión de los afectos, al tronco principal de la *gens*; y hasta los criados son siervos voluntarios que, pudiendo manumitirse, no se separan y forman su *peculio* al lado de sus señores. Es en la Noche Buena cuando se revela más que nunca esta solidaridad. La alegría se reparte entre todos, como los manjares y el vino. Celebrando el Nacimiento del Dios de la fraternidad, todos resultan en sus expansiones verdaderos hermanos.

Esta Noche Buena tiene también su aspecto triste: el recuerdo que evoca de tiempos mejores, de edades dichosas, que, como las golondrinas de Becquer, *no volverán*.

Cuando vienen á mis mientes esas imágenes: la casa solariega, ayer henchida de regocijo, hoy vacía, ruínosa y apuntalada... los ascendientes muertos, y en su lugar, pasando ante mis ojos sus veneradas sombras... los días de la niñez, desaparecidos como sueños sin realidad... ¡ah! entonces la Noche Buena de mi país me resulta una noche mala, tristísima, como la de la elegía de Ovidio...

Mas aun, afirmo, bajo mi palabra de honor, que me parece *la noche peor de todas!*

ANTONIO LEDESMA.



EL BESO

EL beso es la manifestación más delicada del amor, y el amor el principio y la base de la vida, porque la vida no es más que una serie no interrumpida de correspondencias y simpatías entre sí de seres y cosas.

El mar besa amoroso la playa, y sus arenas al sentir el contacto suave de las mansas olas, avanza hacia él para que el beso se prolongue.

La brisa, besa á la flor y al besarla, la flor se inclina risueña y lanza un tierno suspiro que perfuma el ambiente.

El pájaro, con piar alegre y amoroso, une el pico al de su compañera, las dos avecillas agitan convulsas sus alas y redoblan sus trinos y arpegios.

La palmera envía á la prenda de su amor el beso de su aliento, que la hace fructificar y embellecer.

El arroyuelo besa á las plantas que festonean caprichosamente sus bordes, y con su afónico murmullo les canta dulces y amorosas endechas, beso y endechas que, sin duda para oír mejor unas y hacer interminable el otro, el césped inclina su frente hasta rozar con ella la blanda superficie de las aguas que incesantes se deslizan por el cauce.

La primavera es un beso de la naturaleza, como la poesía es un beso del pensamiento.

Besamos el pie de imagen sagrada, y ese beso inunda de religioso placer el espíritu.

Besa la madre el hijo querido que en su regazo duerme, y ese beso infiltra en el niño vida y amor.

Besamos el anillo episcopal ó la mano de un sacerdote, y ese beso nos enseña á respetar y á ser humildes.

Besamos á la mujer amada, con ese beso que la ilusión nos hace aspirar con deleite embriagándonos en su aroma sin olor, y ese beso excita y espolea nuestro ardiente deseo.

Béanse las mujeres, y ese beso constituye un acto de cortesía en desuso.

Besamos al niño del amigo, y ese beso llena de regocijo al padre.

Besamos al moribundo, y en ese beso quisiéramos darle parte de nuestra vida.

Bésanos la mujer liviana, y ese beso apenas hace mella en nuestro ánimo.

Besamos el cadáver de ser amado, y ese beso nos consuela.

Mas el beso al cadáver no tiene correspondencia; el beso de mujer liviana, mancha; el beso al moribundo, va en alas de la muerte; el beso al niño del amigo, es una adulación; el beso entre las mujeres, es insípido; el beso á la mujer amada, asfixia su castidad y quema las alas de su pureza; el beso al anillo episcopal ó á la mano del sacerdote, es infantil satisfacción y medio fácil de propagar enfermedades contagiosas; el beso de la madre al hijo, es producto de su sagrado egoísmo; el beso á imagen sagrada, es fanática manifestación; el beso del pensamiento es atrevido y el de la Naturaleza desahogo; el beso del arroyuelo, es humillante; el beso del pájaro y el de la palmera, son lujuriosos ó impuros; el beso de la brisa á la flor, roba á ésta su perfume; el beso del mar á la playa, es el beso de titán encadenado por el débil, es el beso de la maldad cubierta por el manto de la hipocresía.

Sólo hay un beso más puro y superior á todos esos besos.

Un beso que ni humilla, ni mancha, ni roba; es el beso que la gratitud del desvalido estampa en la mano del hombre generoso.

¡Ese beso lo recibe Dios, y repercute por todos los ámbitos del mundo en aras de la caridad y de la gratitud!

ANTONIO ALONSO TERRÓN.

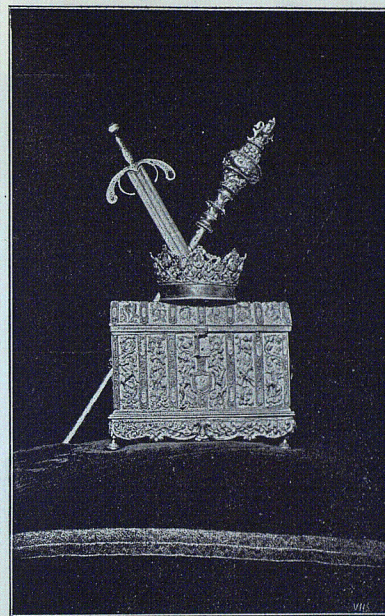
ALHAJAS DE LA CAPILLA REAL

La predilección que los egregios monarcas conquistadores de Granada tuvieron por esta ciudad, moviéndoles á edificar, unida á la Catedral, una «honrada Capilla» donde fueran sepultados sus cuerpos, señalándole pingües rentas y ofreciendo ornamentos, plata y otras cosas para el culto y servicio de ella. Los testamentarios cumplieron lo dispuesto por los fundadores, donando ricos ornamentos bordados de imaginiería, buenas pinturas, tapices, numerosas reliquias, interesantes libros, en su mayoría manuscritos, alhajas para el culto y otras que fueron del uso de los Reyes, constituyendo una selecta colección de obras de arte y de monumentos históricos, aumentada con donativos posteriores; pero desgraciadamente la acción destructora del tiempo, la incuria de los hombres y el constante servicio, han consumido ó hecho desaparecer muchas de esas joyas venerandas. Sin embargo, todavía se conservan las más notables y vamos á ocuparnos de aquéllas cuya reproducción van unidas á esta reseña.

Figura en primer lugar la espada con que el Rey Católico conquistó el reino de Granada; la guarnición de brazos caídos y pomo esférico es toda de oro y cubierta de primorosos adornos cincelados y nielados del más fino renacimiento, la vaina, que era de terciopelo carmesí y tenía contera de oro, se ha extraviado como tantas otras cosas. Cuando falleció don Fernando, el Cabildo de la Ciudad pidió á los testamentarios esta espada además de la bandera ó pendón real que figuró en la conquista, y la Reina Germana, viuda del Rey Católico, accedió á los deseos del Cabildo enviando ambas prendas al Capellán Mayor. La espada se colocaba sobre la tumba del Rey en el aniversario de su fallecimiento; y el día en que se conmemora la toma de Granada, era llevada en procesión, guardándose el mismo ceremonial que en Sevilla con la espada de San Fernando el día de San Clemente.

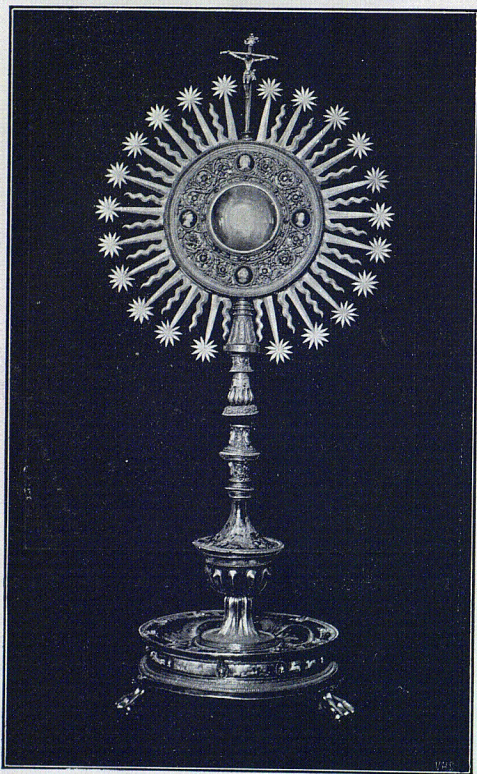
La corona y cetro son de plata dorada y de estilo gótico; se cree con fundamento pertenecieron á D.^a Isabel, sobre cuya sepultura se ponían al celebrar las exequias. El cetro es de obra de mazonería, y la corona, cuya labor es poco esmerada, tiene el círculo liso y encima adorno calado compuesto de tallos que se entrecruzan, hojas y florones á modo de granadas que sobresalen por arriba.

El hermoso cofrecillo, también de plata sobredorada, está cubierto en toda su extensión de adornos góticos repujados y cincelados dispuestos en fajas. Fué su destino servir de relicario y para reservar el Santísimo Sacramento en la Semana Santa; y acredita este uso sagrado el pequeño relieve situado bajo la cerradura, en el que se representa la Resurrección del Señor.



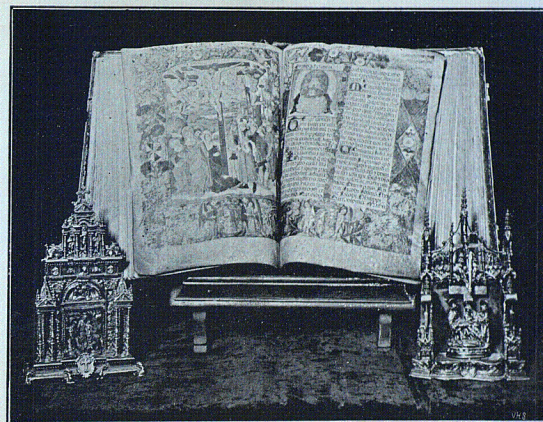
Espada, corona, cetro y arqueta que fueron de los Reyes Católicos.

De extraordinario mérito artístico es la custodia que nos ofrece el fotgrabado, la cual está labrada en plata con preciosos ó interesantísimos esmaltes y adornos de filigrana; su trabajo es italiano y pertenece al siglo XV. Algo extraño que se descubre en su forma general, la hechura del pie y los asuntos del todo profanos, representados en los esmaltes, tan ajenos de un objeto destinado al culto, llamaron hace años la atención de un incansable aficionado á esta clase de investigaciones, con el cual me unen los más estrechos vínculos de la sangre, quien observando tales impropiedades se hizo cargo inmediatamente del primitivo destino que debió tener esta preciosa alhaja, al recordar uno de los asientos del inventario de la Capilla Real, hecho en 1537 que dice así: «Una custodia con sus viriles de piezas de plata doradas y esmaltadas rica que pesa 28 marcos, fáltanle dos cadenillas y tiene quebradas dos sierpes, y á la una falta cola y fáltanle dos esmaltes, era espejo de la Reyna Católica», y como estas circunstancias convienen exactamente con las de la custodia de que nos venimos ocupando, resulta ser, sin género alguno de duda, el espejo de la ilustre Reina á que se refiere el inventario, y juzgábase perdido los que de él teníamos conocimiento. Han hecho cambiar el aspecto que en su



Custodia que fué espejo de la Reina D.^a Isabel.

principio debía tener esta alhaja, las mutilaciones que ha experimentado y el aditamento de los rayos, aplicado en tiempos modernos, quizá al destinarla para exponer la Sagrada Forma á la veneración de los fieles, desapareciendo, probablemente entonces de un todo, las sierpes, como ornato inadecuado. Consta que había servido para contener el clavo de Nuestro Señor, que hay en la Capilla, siendo muy posible que la misma Reina Católica, modesta y piadosa, tomara en relicario joya de tanta estima bajo el punto de vista del arte y de la arqueología.



Misal que perteneció á la Reina Católica.

Cuando Felipe II echó los fundamentos de la biblioteca del monasterio del Escorial, expidió una cédula en el mismo lugar, fecha 31 de Agosto de 1591, pidiendo los libros de la Capilla y que pertenecieron á D.^a Isabel; resistiéronse los capellanes, pero no hubo medio de que el Rey cediera y se entregaron al Obispo de Guadix, comisionado para recogerlos. Del expolio salvóse el misal que vemos en la Sacristía de la Capilla con las demás alhajas que allí se conservan. Está manuscrito en vitela y tiene hermosas miniaturas, orlas y letras capitales delicadamente trabajadas. Lo hizo Francisco Flores de orden de la Reina Católica en 1496, y la encuadernación es la primitiva, aunque otra cosa se halla asegurado.



Pintura de fines del siglo XV.

Interesante es por demás el cuadro en tabla de la Adoración de los Reyes, pintura española de fines del siglo XV; sírvele de marco un retablito de plata con adornos repujados del renacimiento, á los que se han agregado otros de época no lejana.

Uno de los dos preciosos cálices que se distinguen entre estas joyas, el más pequeño, es de estilo gótico y ostenta en la manzana seis figuritas de apóstoles, en la copa gallones de bulto, y en el pie, que es estrellado, adornos repujados de buen gusto. Al mismo estilo pertenece el portapaz que forma un encasamiento con pilares, arbotantes y doselete coronado de esbeltas agujas; en el medio hay un grupo de la Virgen de las Angustias sentada al pie de la cruz, y á los lados San Juan y la Magdalena.



Cáliz gótico.



Cáliz de renacimiento.

El notable platero Diego de Valladolid hizo el delicadísimo portapaz plateresco que figura un completo retablo, y contiene un precioso relieve en marfil del tiempo de los Reyes Católicos, que representa á Nuestra Señora y al Niño Jesús rodeados de ángeles. En la decoración de la parte alta del retablito se vé la figura del Salvador atado á la columna, y encima aparece la imagen de Dios Padre, y á los lados las de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, patronos de la Capilla. Del mismo maestro es el otro cáliz que acusa una buena obra del renacimiento; su base es redonda, con tres zonas de adornos variados, sobre ella hay un cuerpo cúbico con el escudo de los Reyes Católicos, los emblemas del Emperador, y la cruz de Jerusalén, en esmalte; el nudo tiene seis capillitas y otras tantas figuras de apóstoles, y la copa está cubierta interiormente por hojas sobrepuestas de gusto exquisito.

MANUEL GÓMEZ MORENO

Granada 31 de Diciembre de 1900

EL SIGLO NUEVO

No llames todavía que aun me queda por llevarme. Con textos en la mano podría probarte que me quitas dos años; pero si tú me los quitas á mí, tu sucesor te los quitará á tí.

- Abre pronto.
- Todavía no.
- Sólo quiero asomarme.



—Asómate, pues; pero mantente en la puerta.

—¿Qué haces? ¿Quiero saber qué es todo eso?

—Son mis títeres que estoy recogiendo.

—¿Quién es ese muñeco?

—Este es Luis XVIII, y este Carlos X, y este Luis Felipe; con este otro que es Napoleoncito III, te dejo limpias las Tullerías.

—¿Y ese otro que ya has encajonado?

—Este es Napoleón I, gran machacador de mapas, á quien pongo narices con narices con Metternich. Fué el fundador de una dinastía que yo la traje entera y casi entera me la llevo. Aquí nada tienes que ver. Cinco Pontífices: Pío VII, Inocencio XII, León XII, Pío VIII y Pío IX. Dejo dos nuevos reinos: el de Bélgica por segregación, y el de Italia por agregación. Por este último oirás hablar mal de mí; pero ya te enseñarás á reírte.

—¿Qué dijese son esos? Déjalos ahí.

—No pensaba llevármelos; pero no son dijese ni mucho menos: son dos proyectos de relucientes estrellas que no he podido concluir para la bandera de los Estados Unidos. Te los dejo por si puedes concluirlos; pero trabajo te ha de costar, porque son de dos florones de la corona de España, duros al cincel yanqui.

—¿Pero qué es eso que arrojas al cajón á puñados?

—Estos son puñados de monigotes; principillos alemanes ó italianos que me dieron mucho de qué divertirme. Sobre este lecho de juguetes coloco á Federico Guillermo IV y á Víctor Manuel. Aquí llevo otra caja de más monigotes: presidentillos de repúblicas americanas y sobre ellos esto que es un pie de lo que pude pescar de Jorge Washington. Te dejo á España en cueros, bien recortadas las uñas y pelona, para que sepa lo que es tirar y no poder arañar, ni tirarse de los pelos. Enséñala á que no se muera de pena ni se dé de mojonones, sino

á que viva y trabaje, y así podrá esperar á tener qué vestir y peinar, como yo mismo dejé y enseñé á Prusia. Aquí me llevo á sus tres reyes Carlos IV, Fernando VII y Alfonso XII, con Godoy, Calomarde y Cánovas; estos otros títeres que van ahí debajo son dos generales que todo lo han hecho en España cantando: Riego y Espartero. Estos otros dos no cantaron, pero callaron y dieron: O'Donnell y Narváez. Aquí van ya encerrados.

—¿Quién es ésta?

—Suelta esa; esa debe ser para mí.

—No la suelto, ¿quién es?

—Esa es la reina Victoria de Inglaterra, con sus centenares de acorazados, señora de casi todo el mundo. Aquí va Wellington también y Canning y Palmerston. Me llevo estos cuatro zares de Rusia; éste es el del «orden reina en Varsoria» de una Polonia que no tuve el gusto de conocer.

—Ahí no veo más que tres.

—El otro me lo hicieron pedazos los niños nihilistas. Te dejo á Turquía viviendo sobre la codicia de Europa, pero tuerta, desnarigada y manca; á Dinamarca curándose del bocado del Slewig-Holstein; á Suecia y Noruega enseñándose los dientes como el Austria y Hungría, y á Portugal algo *desfinchado*. De otras partes del globo, te dejo al África donde ha sonado el toque de rebato; en Asia á rusos ó ingleses atibándose agazapados entre los matorrales de las faldas de Bolor, y al Japón hecho un caballero. Quería dejarte la vajilla de China, pero me temo que te la van á hacer tuestos.

—¿Entro?

—Todavía no. Ya están liados mis bártules y títeres. Te dejo la humanidad con más luz, más vapor y más movimiento que yo me lo encontré; pero la misma con otros nombres, y con su misma naturaleza.

—¿Te llevas todos los títeres que te han servido?

—Todos los que me pertenecen.

—¿Y todo el *atrezzo*?

—¡Diábolo! ¡Me olvidaba de algo!

—Déjame en recuerdo.

—¿En recuerdo? ¡En recuerdo! Te dejo para que te diviertas eso.

—¿Y qué trapos son estos?

—La actual dinastía de Persia tiene por estandarte un mandil. Yo te dejo un mandil y una blusa que serán la bandera del gran tirano de tus tiempos. Un instante aun; empiezan á sonar las doce del 31 de Diciembre de 1900... Digo no, acaba el último momento de las 23 del 31 de Diciembre de 1900; importa mucho esta reforma en el horario de mi fin de que tan poco tiempo he disfrutado, como poco disfruté del calendario de hortalizas que me dejó mi antecesor... ¡Ahí va ese fardo de muñecos! ¡Ahí va ese otro de volúmenes de periódicos, revistas y libros! ¡Ahí va ese ensangrentado envoltorio de oro y cieno, de perlas y basural! ¡Todo al caos!

—¿Que entro!

—Lo que no me dejes lugar á dejarte limpio, bárralo tú. ¡Adiós! La Humanidad dirá cual es el mejor de los dos!

—¡Yo, por ser la esperanza!

—¡Yo, por ser el recuerdo!

RAFAEL GAGO Y PALOMO

LA VISIÓN

(CUENTO DE REYES)

En los azules ojos de la madre, fijos en el techo de la alcoba, acaba de lucir, inquieto, rápido como el relámpago, el fulgor de una idea. Los labios se han desplegado para saludarla con una sonrisa. El semblante se ha animado para albergarla en su más dulce expresión... Cualquiera, al verla, tal vez la creerá dormida, tal vez la creerá soñando; mas no duerme ni sueña la madre, aunque algo del ensueño fluctúe en la idea que ilumina y hermosea su rostro.

Es la hora de la media noche... En el espacio, el tiempo acaba de salvar la triple divisoria del día, del año, del siglo, y siempre mirando adelante continúa impávido su marcha silenciosa.

El semblante de la madre refleja una idea placida, fija en el porvenir de su hijo, dormido allí cerca en su cuna de gasas... Madre venturosa, impaciente, virgen todavía á la fiebre del dolor, ocupando está un sitio en la fila mermada de los que pugnan por acelerarle su serena marcha... Por eso cruza á veces por su mirada una leve sombra, y sus labios se agitan involuntariamente como si dijeran:—¿Por qué, por qué caminas tan despacio?

Y no es que piense la madre en ese porvenir incierto, lejano, cuyo borroso semblante de Esfinge nadie puede contemplar sin sentirse invadido de temor: el pensamiento está fijo en algo más cerca; tan cerca, que casi lo sienten sus oídos y lo contemplan sus ojos. Es el instante encantador en que, al despertar, el niño sonríe y abre desmesuradamente los ojos, por los que escapa volando esa visión sublime que engendra en la mente de la niñez el primer sueño consciente... Y esta visión son los Reyes Magos; los que en esa noche abandonan sus reinos resplandecientes de oro, perlas y brillantes, y portadores de las golosinas más exquisitas y de los juguetes más maravillosos, vienen en busca

de todos los niños para colmarlos de caricias y dejarles junto á la cuna un espléndido regalo... Ellos, tan complacientes, tan bondadosos, no permiten, sin embargo, ser vistos sino á través del sueño. Vienen, por eso, montados en blancos caballos voladores, magníficos, que cruzan los mares y trepan las montañas, con el mismo silencio y majestad que desfila la luna por el cielo de la noche. Y así llegan hasta la puerta de la casa, donde uno de ellos, el más venerable y el más blanco, Melchor, se apea con sigilo y sube al balcón, para abrirlo y depositar sonriendo el rico presente... Después siguen los tres reyes su camino, y van repitiendo la misma operación en todos los hogares donde duerme un niño; donde quiera tenga un albergue, un nido, la inocencia. Y cuando la mañana asoma su rostro pálido entre las nieblas que coronan las cumbres pardas, entonces la visión se aleja y va desapareciendo en el aire, hasta que concluye por fundirse en un rayo de sol...

La madre vé todo esto á través del éxtasis que la tiene aletargada, y vé cómo el niño abandona la cuna y corre anheloso hacia el balcón, para estrechar contra su pecho los dulces y los juguetes en un trasporte sublime de alegría delirante... Entonces estalla más violenta su

impaciencia, y encarándose con el decrepito viajero del espacio, ya no le dice, le grita con enojo:—¿Por qué, por qué no corres como mi pensamiento?

*
**

El viejo, sin embargo, sordo á los clamores de la impaciente, parece como que se complace en caminar cada vez más lento, cada vez más perezoso. Ya no son los días, son las horas las que transcurren con desesperante lentitud; son hasta los minutos los que invierten una eternidad en adelantar un paso... En un momento de angustia, la madre, por último, vé al tiempo quedarse quieto, paralizado, detenido bruscamente en su marcha. Al punto salta del lecho, y se pone de pie en medio de la alcoba, inquieta la mirada, contenido el aliento, presa de mortal inquietud... Es que una sombra asesina ha penetrado silenciosamente en la habitación mientras ella sonreía, y acercándose á la cuna del niño, viene á cogerlo con sus garras, á agarrotarlo sin compasión. El niño lanza de pronto un gemido agudo, vibrante como el sonido que produce al saltar la cuerda de un arpa; después se encorva bruscamente mirando á su madre con angustiosa ansiedad, y cae, por último, sobre la cuna, rígido, convulso, con la boca entreabierta y balbuciente, con los ojos dilatados y oscilantes, con el rostro contraído y los cabellos erizados de horror.

En el silencio de la noche, la infeliz contesta á aquel gemido con un grito espantoso, seco como el sonido de un corazón que se rompe; vé la sombra que está extrangulando á su hijo; contempla en su rostro el peligro que la amenaza, y se queda muda, petrificada, sin alientos siquiera para llorar.

*
**

Pero hasta los segundos parece que se complacen ahora en correr cada vez más deprisa, cada vez más desenfundados. Tanto corren, que van transcurridos dos días mientras la madre aun contempla al minuto de su infortunio como un minuto muerto...

Es también la hora de la media noche, la hora del encanto. Es la noche de Reyes, la noche de los Reyes Magos; aquélla en que los monarcas misteriosos abandonan sus reinos resplandecientes de oro, perlas y brillantes, y portadores de las golosinas más exquisitas y de los juguetes más maravillosos, vienen en busca de todos los niños, montando blancos caballos que van pasando con el mismo silencio y majestad que desfila la luna por los espacios de la noche...

La pobre madre, vencida al fin en la lucha titánica que ha venido sosteniendo, ha reclinado la cabeza sobre la almohada del lecho donde está postrado su niño, y ha cerrado los ojos... Su espíritu va entrando poco á poco en la región del sueño. Ya no contempla á su hijo, desplomado y moribundo sobre el lecho revuelto, sino dormido y soñando dulcemente en su cuna de gasas. Soñando con los Reyes Magos, que á esas horas han abierto ya las puertas del Oriente, y cruzan los aires dejando atrás una ráfaga luminosa. Poco á poco el cielo se va aclarando y se siente á lo lejos el galopar de corceles en el aire; son ellos, que en esos instantes llegan á la tierra y acuden presurosos á depositar su primer presente junto á la cuna del niño dormido...

La madre escucha con atención, y oye pararse en el portal de la casa la brillante comitiva... El cielo sigue aclarándose lentamente... A su luz azulada, la infeliz, fija en los cristales del balcón, vé aparecer, trepando por los hierros, la noble y venerable figura del Rey Mago. Lo vé penetrar sigilosamente en la habitación, sin abrir las maderas, sin hacer el más leve ruido; como penetra y se filtra la sombra... Lo vé avanzar hacia ella... lo mira acercarse... Sus ojos se nublan entonces y su alma se estremece de horror. Aquella sombra, blanca y venerable, tiene el terrible aspecto de la Muerte. Sus órbitas profundas, en vez de los dulces destellos de una mirada de amor, muestran siniestras é inexpresivas las pavorosas negruras de la nada; sus brazos, descarnados y amarillentos, no traen ninguna golosina, no traen ningún juguete; vienen vacíos, buscando algo que llevar.

La madre aparta, horrorizada, sus ojos de aquella sombra siniestra, pero la visión continúa avanzando siempre, y así llega hasta la cuna, donde contempla al niño y lo acaricia, besándolo en la frente... Después lo coje en sus brazos... después lo envuelve con su túnica blanca... después se aleja, y se aleja, hasta llegar al balcón... La desdichada hace en aquel momento un esfuerzo inaudito para correr tras la visión y arrebatársela á su niño, pero no puede, no puede levantarse. Entonces lanza un grito horroroso, y despertando de su sueño se arroja sobre el cadáver de su hijo, en cuyo semblante de color de cera ha dejado la Muerte dibujada una sonrisa angélica, profundamente deliciosa...

C. JOSÉ DE CUENCA

IDILIO ROMÁNTICO

I

QD, pues, la historia de mi primera cita de amor, dijo el poeta, fijando su mirada en la oscura Vega, que, como mar encalmado, recibía en silencio la ya débil caricia de la luz.

II

Fué después de una tarde blanca como ésta, cuando la conocí. Tarde de otoño granadino, en que el cielo semeja la concavidad de inmensa perla, y la lluvia, transparente y suave, el dulce llanto de niña mimada.

Entonces me reunía en el Suizo, con una tertulia de estudiantes, á la que llamábamos modestamente el Foco.

Aquella tarde, el Foco había estado animadísimo, y en nuestra acalorada polémica, había yo llevado, como de costumbre, la peor parte; mi romanticismo había sido rudamente combatido por aquellos epicúreos y estoicos de dieciocho años, y mi pobre corazón de soñador aleteaba lleno de pena.

Un médico, pariente mío, que de vez en cuando se acercaba á nuestra reunión, me invitó á acompañarlo á una Casería de la Vega, á donde iba á hacer una visita; y poco después, acurrucado en su berlina, avanzábamos por uno

de esos estrechos caminos que parecen canales de agua negra, en un inmenso jardín.



A los lados del camino, la vega extendía su tierra húmeda, y entre la maraña de ramas de los árboles desnudos, se levantaban vapores azulados, que formaban en la lejanía fajas de niebla. La luz del crepúsculo infundía en el paisaje su tono melancólico; las blancas nubes se entreabrían á veces, mostrando un cielo descolorido y frío; y las gotas de la pasada lluvia, suspendidas en las hojas oscuras de los olivos, iban cayendo lentamente.

El romanticismo, tan despiadadamente combatido por mis amigos, tomaba nuevos bríos, y por mi imaginación sobrexcitada cruzaban extrañas evocaciones. En la mortecina claridad del cielo, creía ver la sonrisa de una mujer pálida que se alejaba besándome en la frente, y los altos pinos, que se destacaban sobre la luz rojiza de poniente, me parecían una hilera de fantasmas que desfilaban con la cabeza inclinada.

III

Cuando bajamos del carruaje, en la plazuela empedrada que había delante de la casa, era ya de noche.

Aún recuerdo todos los detalles y la sensación de inquietud y alegría que me dominaba. Esperamos durante algunos momentos en un gabinete cuyos muebles estaban tapizados de terciopelo azul; en esas rinconeras granadinas, tan características, se veían graciosos bustos de muchachos que reñan, de hermosas zagalas, y el de un pícaro mancebo que trataba de imprimir un beso en una carita redonda, como hoja de rosa; las claras paredes de la habitación estaban adornadas con acurelas de la Alhambra; del centro de aquélla pendía una lámpara de cristal de color de rosa, que lo envolvía todo en matices suavísimos; y en el templado ambiente se extendía un perfume exquisito de mujer, de mujer, sin duda, apasionada y soñadora...

Mi pariente había entrado á ver á la enferma, y poco después fuí yo invitado á pasar adonde aquélla se encontraba.

Estaba sentada junto á la chimenea de un amplio comedor, y las llamas arrojaban sobre ella vivos resplandores, haciendo más deslumbradora su hermosura y el brillo ardiente de sus ojos negros.

Era bien proporcionada, esbelta, de tipo moreno, con languideces de lirio, y majestad de sultana.

Su mirada llegó hasta el fondo de mi ser como una avalancha de sensaciones nuevas, como una espada que rasga el corazón, produciéndole intenso goce, como un rayo de sol que hiere y deslumbra.

Obedeciendo su invitación, me senté frente á ella. Hablamos poco; pero mi turbación, mi rubor, mis sedientas miradas de adolescente quizás le dirían demasiado. Varias veces nuestros ojos se encontraron, y, como las llamas de la chimenea, se confundieron, se acariciaron, y se separaron enseguida, recelosos ó inquietos, para volver luego á buscarse... Rápidos diálogos sin el conducto de la palabra, adivinaciones súbitas de temperamentos afines, ternuras inefables se desbordaron, sin duda, en el lenguaje inarticulado de aquellas breves miradas.

Mi tío le dijo que su indisposición no tenía importancia; le dirigió algunas galanterías de amigo antiguo y afectuoso, y le pidió permiso para retirarnos. Cuando le di la mano para despedirme, temblaba como si aquella separación fuera la primera ausencia de dos locos amantes...

IV

Me enamoré de ella con la intensidad febril del primer amor; con el fuego de la adolescencia, fomentado por el viento del romanticismo.

Volví á cruzar aquel apartado camino á pie, á caballo, ó en coche; hablando en alta voz, como un loco, ó con los ojos humedecidos de lágrimas. Cuando veía en el balcón su silueta blanca, la saludaba temblando como un azogado; y si adivinaba á lo lejos una compasiva sonrisa, el corazón me golpeaba con duros golpes de martillo, haciéndome daño, dolor verdadero y fisiológico.

Le escribí cartas saturadas de pasión delirante, de las que tal vez hoy me reiría, pero en las que entonces se me escapaba el corazón.



Una tarde, lo recuerdo bien, una tarde de sol hermosísimo, la encontré sola, paseando por aquel apartado camino, delante de su finca. Llevaba un quitasol blanco, un traje gris claro delineaba sus maravillosas formas, y una pequeña cazadora ceñía su talle elegantísimo.

Yo apenas pude articular palabra. Me pareció que su rostro moreno, de suave palidez, se inundaba de tintas rojas; creí ver que sus ojos me envolvían, girando con vértigo semejante al que yo sentía; y al acercarse á mí, al marchar unidos por el estrecho camino, acariciados por el sol deslumbrante, bajo los oscuros y salvajes olivos, no me hubiera cambiado por ningún héroe, ni por ningún amante de la tierra.

Me invitó á descansar en la glorieta de la Casería, entre cipreses redondos, que parecían columnas verdes; al lado de los arrayanes, y á la sombra de laureles y adelfas, cuyas flores rojas refan con la risa siniestra de labios ensangrentados... El sol quemaba; la tierra esponjada tenía un hermoso color violado, que admirablemente se combinaba con el verde intenso de los salves que coronaban las acequias, con las yerbecillas indóceles que crecían por doquiera, con el más compacto y deslumbrante que ostentaban algunos árboles...

Yo no sé lo que le dije; pero recuerdo que ella refa con carcajadas argentinas, que yo oía con los ojos cerrados para recoger mejor sus notas vibrantes, y que de improviso se ponía seria, muy seria, y me miraba fijamente, con ternura indefinible... Y luego, después de ofrecerme unas violetas que tenía en su pecho, huyó emocionada, y ya en el umbral de la casa, se quedó parada, sonriendo, y despidiéndose con ademanes cariñosos...

Yo permanecí solo, dejándome sumergir en la infinita melancolía de aquella hermosa tarde, que iba descendiendo solemne, como las estrofas de una elegía...

V

Su primera carta tenía algo de dulce reprimenda, de amarga ironía, y de sincera tristeza. Me llamaba muchas veces «niño, niño loco, querido niño».

«El martes te espero,—escribía por fin.—Un loco hace ciento. ¡Si supieras la inmensa perturbación que has producido en mi vida, en mi vida que yo deseaba que declinara ya tranquila, como estas tardes granadinas, tan poéticas y tan tristes!... ¡Qué le hemos de hacer!... Me tienes asustada, nerviosa... ¡Dices tantas locuras!... Tú mismo no sabes tal vez lo que dices... Estás pasando el sarampión amoroso que te ha trastornado el juicio... Curarás de esa enfermedad, porque estás muy joven; pero la vida empieza para tí mal, con delirios de que quizás tengas que arrepentirte...» Y yo lloraba como un chiquillo, y desgarraba mi pañuelo, y me mordía los labios hasta que brotaba la sangre, aquella sangre inocente tan prematuramente envenenada...

VI

¡Hermoso día de invierno! El sol fulguraba; el cielo de puro azul parecía negro; la Sierra más blanca que nunca, cubierta toda de nieve, brillaba majestuosamente á lo lejos; la vega dormía como aletargada, en una calma imponente...

Atravesé el viejo portón y cruzé la vereda que conducía hasta la casa, por entre las ramas desnudas de los árboles grises. Junto á la puerta había unos muchachos del campo, con el traje manchado de barro, mirando indiferentes el paisaje, con idiótica pereza...

Subí la escalera de ladrillos rojos, muy despacio, sin poder respirar, sintiendo una opresión inefable, como si una nube helada me envolviera, al avanzar en aquel silencio aterrador...

Una criada con quien tropecé me dijo en voz baja:

—Pase V. si quiere verla. Ahí está...

¡Y allí estaba, sí, muerta, con la pálida cabeza inclinada, como si al oír mi grito de espanto, se hubiera incorporado para mirarme!...

¡Y por los balcones, abiertos de par en par, entraba á raudales el sol y el oxígeno!...

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

SUMARIO

Calendario, ilustraciones en color de las cuatro estaciones, originales de José R. Almodóvar.

Diciembre, poesía de Sánchez Gerona. Dibujo de R. Latorre.

Primavera, poesía de Francisco L. Hidalgo. Dibujo de R. Latorre.

Verano, poesía de A. B. C. Dibujo de R. Latorre.

Otoño, poesía de J. Durbán Orozco. Dibujo de Latorre.

La Noche-Buena del poeta, por Pedro Antonio de Alarcón. Ilustración de Isidoro Marín.

Las Vacaciones de Navidad. (Epístola de un estudiante), por Miguel Gutiérrez.

Dibujo original é inédito de Fortuny (en color).

La Puerta Real en Noche-Buena. Dibujo artístico de Isidoro Marín (en color).

La Noche-Buena en Almería, por Antonio Ledesma. Ilustración de M. Villalobos.

El beso, por A. Alonso Terrón.

Alhajas de la Capilla Real, por Manuel Gómez Moreno. Seis ilustraciones fotográficas.

El Siglo nuevo, por Rafael Gago Palomo, ilustración de E. Muñoz Vega.

La Visión. (Cuento de Reyes), por C. José de Cuenca. Ilustración de Sánchez Gerona.

Idilio romántico, por Nicolás María López. Ilustración de Rafael Latorre.

IDEARIUM

REVISTA ANDALUZA ILUSTRADA

DE

LITERATURA, ARTE Y ACTUALIDADES

Desde el primer número que aparezca en el año 1901, variarán las condiciones editoriales de nuestra publicación, dándole mayor tamaño, aumentando el tipo de letra y siendo también mayores las ilustraciones.

Como estas mejoras han motivado desembolsos de importancia, á la vez que los números que gozan de estas reformas son más costosos, hemos variado los precios de suscripción y venta, que, como podrán apreciar nuestros lectores es insignificante el aumento, dada la proporción de las mejoras.

La publicación será como hasta aquí, quincenal.

Precios de suscripción desde 1.º de Enero de 1901

Pago anticipado

Un trimestre . . .	1,25 pesetas.	} Con derecho á percibir gratis los números extraordinarios que se publiquen durante el período de suscripción.
Un semestre . . .	2,50 »	

Un año	5 »	} Con igual derecho que anteriormente se expresa, y además á obtener gratis el Idearium No 81 1900-901
------------------	-----	--

Número suelto corriente	0,20 pesetas
Número atrasado	0,30 »

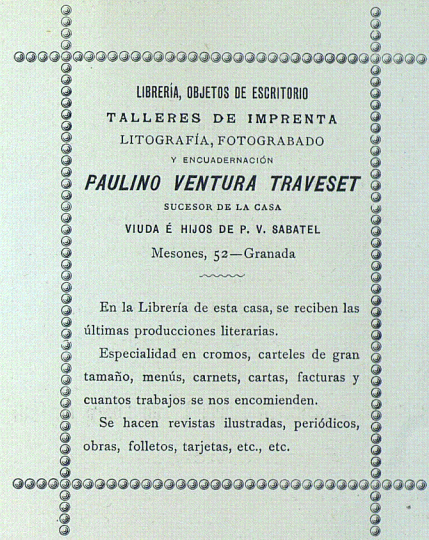
Extranjero

Un trimestre	2,00 pesetas
Un semestre	4,00 »
Un año	8,00 »

Redacción y Administración, calle de Mesones, 52—Granada

Correspondencia, Apartado de Correos n.º 1

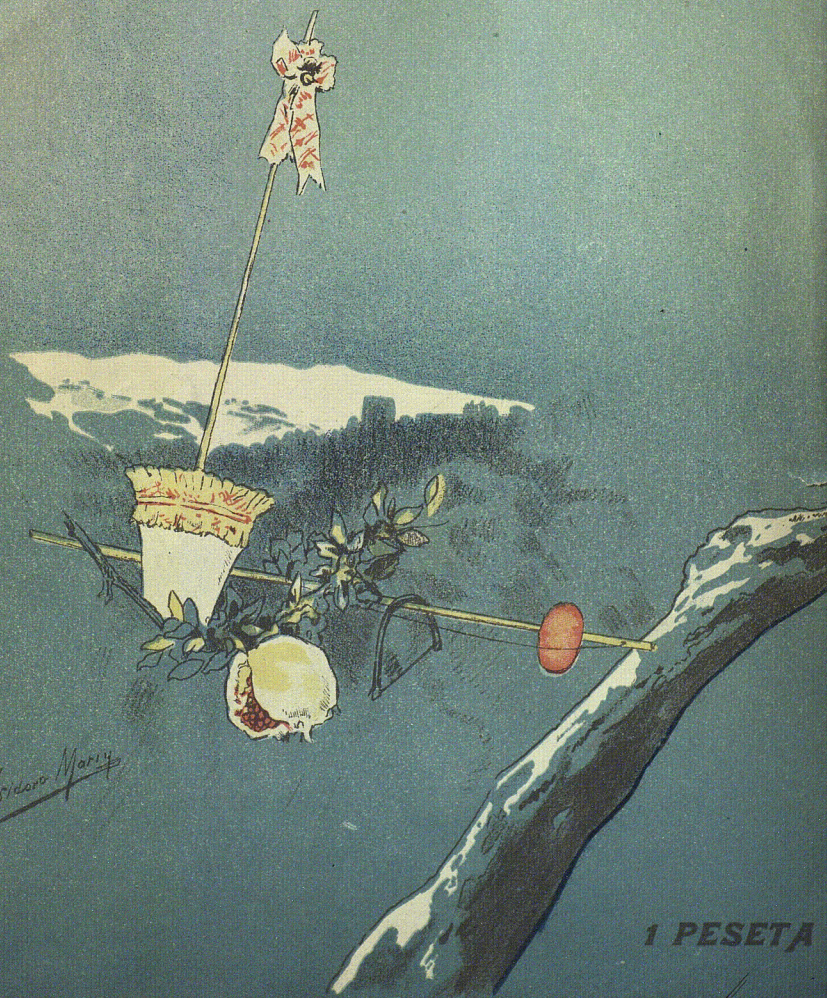
IDEARIUM



LIBRERÍA, OBJETOS DE ESCRITORIO
TALLERES DE IMPRENTA
LITOGRAFÍA, FOTOGRAFADO
Y ENCUADERNACIÓN
PAULINO VENTURA TRAVESET
SUCESOR DE LA CASA
VIUDA É HIJOS DE P. V. SABATEL
Mesones, 52—Granada

En la Librería de esta casa, se reciben las últimas producciones literarias.
Especialidad en cromos, carteles de gran tamaño, menús, carnets, cartas, facturas y cuantos trabajos se nos encomienden.
Se hacen revistas ilustradas, periódicos, obras, folletos, tarjetas, etc., etc.





Giuliana Marzulli

1 PESETA